

IDEOLOGÍA Y CAMPESINADO:  
EL PENSAMIENTO SOCIAL DE JOSÉ RAMÓN LÓPEZ<sup>1</sup>

Michiel Baud.\*

## INTRODUCCION

En el siglo XIX, la sociedad dominicana era una sociedad agraria, en la que todo ciudadano estaba de una manera u otra conectado con la producción agrícola. Incluso las clases medias urbanas, si bien vivían de actividades no agrícolas, desarrollaban su vida en el campo, en pequeños pueblos que eran más bien rurales. Muchos miembros de las clases mercantiles poseían fincas, que eran cultivadas bajo su supervisión, y la élite tradicional obtenía la mayor parte de su riqueza y de su influencia social de sus posesiones rurales.

La sociedad dominicana del siglo XIX estaba basada sobre su producción agrícola. Por tanto, es notable que sus intelectuales, sólo gradualmente y a veces hasta con renuencia, descubrieran al campesinado. El campesinado nunca constituyó un factor de importancia en los continuos conflictos políticos del siglo XIX y el problema agrícola nunca recibió una atención extendida.<sup>2</sup> Excluyendo alguna rara excepción, como Pedro Francisco Bonó, los escritores del siglo XIX ignoraron casi por completo la existencia y las condiciones sociales de la población rural.

Esto era más notable aún, puesto que la élite dominicana vivía en general muy cerca y en contactos regulares con las masas pobres de la población rural. Al mismo tiempo, sin embargo, tenían un muy limitado conocimiento acerca de su vida social y cultural y de sus condiciones de vida en general. En los ojos de la mayoría de la clase alta, la población rural constituía una amorfa y poco interesante parte de la sociedad dominicana.

(\*) Historiador holandés. Trabaja en la universidad Erasmiana, Rotterdam. Prepara su tesis de doctorado sobre la agricultura cibaëña de 1870 a 1930.

Esto sólo cambió hacia finales del siglo XIX, cuando sobrevinieron radicales transformaciones sociales y económicas en la sociedad dominicana. La sociedad rural, personalística y socialmente rígida, comenzó a retroceder como consecuencia de la nueva agricultura capitalista y la dictadura populista de Heureaux. La población rural empezó a mostrar una creciente movilidad. La élite tradicional fue forzada a reconsiderar su propia posición y tuvo que adaptarse a la emergencia de una nueva clase mercantil rica y poderosa. El final del siglo XIX fue el período en que todo el mundo habló acerca del desarrollo económico y de la palabra sagrada: "Progreso". Al tiempo que estas hermosas palabras sonaban, algunos problemas prácticos tenían que ser resueltos antes de su realización efectiva. Por ejemplo, ¿quién iba a proveer el trabajo diario para este progreso? Y si tenía que ser la gran masa de la población rural, ¿podía considerarse a éstos capaces para esta tarea? Y si no, ¿cómo podría ser implementada su capacitación? Tratando de inducir este mítico desarrollo económico, los empresarios y los políticos dominicanos se vieron forzados a admitir que su sacro "progreso" dependía de los habitantes rurales. Esto realzó grandemente su interés por las condiciones de vida y la organización social del campo.

## IDEOLOGIA Y CAMPESINADO

Estereotipos del campesino abundaron en la ideología dominicana del siglo XIX. La rígida jerarquía social y el énfasis en la distancia social entre los diversos grupos sociales, que caracterizó la sociedad dominicana del siglo XIX, estuvo estructurada sobre imágenes fijas y prejuicios que sólo cambiaron muy lentamente.<sup>3</sup>

Los estereotipos del campesino no fueron en general muy positivos. La visión romántica del campesino como el honesto y no-corrompido hombre de campo, que vive lejos de la decadente vida urbana, nunca tuvo un generalizado atractivo en la República Dominicana.

El **montero** dominicano nunca fue un símbolo glorioso nacional, como el **jíbaro** puertorriqueño, que algunos escritores lo han estimado como el símbolo incontaminado de la herencia cultural de Puerto Rico.<sup>4</sup> De los más conocidos escritores dominicanos del siglo XIX, Bonó fue el único que jugó con una visión romántica semejante.<sup>5</sup> Una tradición paternalista, que era proclive a mirar el campesino como el inocente y no-explotado hombre del campo, sí existió en República Dominicana, pero nunca conquistó una posición crucial en la ideología dominante.

La imagen más prevaleciente del campesino en los documentos del siglo XIX era más bien negativa. Se le describió como el

ignorante e irresponsable vago. Por ejemplo, *El Porvenir* escribía en 1873:

Señálase como una de las causas principales que aquí deploramos la indolencia y notoria apatía de las gentes del campo, quienes circunscribiendo el cultivo al menor espacio de terreno posible y satisfaciendo a muy poca costa sus necesidades, no sienten el más pequeño estímulo por acrecentar y mejorar la producción...<sup>6</sup>

Otros contemporáneos estaban constantemente quejándose del frívolo estilo de vidas de la población rural, sus continuas fiestas, su inclinación a "perder el tiempo" y la ausencia de "civilización". Detestaban las apuestas y la pelea de gallos. Muchas veces ellos también se referían a la irresponsabilidad de los hombres y al pecaminoso abandono de sus esposas e hijos. En pocas palabras, ellos pintaron al campesino dominicano como un perpetuo borracho y buscador de problemas. Todavía en los años 1930, las autoridades de Puerto Plata fueron prevenidas contra

la práctica holganza seguida por muchos hombres en los campos que desde el amanecer hasta el anochecer permanecen en una hamaca, con el cachimbo en la boca y el acordeón en las manos.<sup>7</sup>

Rastros de este desprecio por las masas rurales pueden ser encontrados en casi todas las sociedades agrarias con una considerable población urbana y esto quizás con mayor fortaleza todavía en la jerárquica sociedad dominicana. Sin embargo, estos prejuicios no fueron invariables, y en la medida en que la sociedad cambiaba, las expresiones ideológicas de las clases dominantes también cambiaban.

En el curso del siglo XIX, el prejuicio negativo en contra del campesino adquirió gradualmente una nueva significación. Originalmente, había mostrado las huellas de la tradicional ideología de casta española, católica y patrimonial, en la que toda clase era considerada como ocupante de un lugar dado por Dios, del que no podía ni debía escapar. El desprecio del campesinado, aquí, permaneció en función de una más o menos estática visión del mundo, colaboró en la conservación del **status quo** y tuvo también sus aspectos paternalistas.<sup>8</sup>

Con la creciente presión de las relaciones capitalistas de producción, y la mayor importancia del comercio de exportación-importación, un lento y disperejo cambio ideológico tuvo lugar. La producción de grandes cantidades de productos de exportación se hizo más importante que el inmovilismo social y la obediencia incondicional de la población rural. Los intereses de los grupos urbanos no descansaron más sobre la idea de la preservación del orden social, sino en su transformación. Fue ahora, sobre todo, que el comportamiento económico del campesinado vino a ser atacado. El conservadurismo

de los campesinos se convirtió en el principal blanco de la nueva clase comercial. "Rutina" era, en palabras del **Eco del Pueblo** en 1882, "el cáncer que nos devora".<sup>9</sup>

Al final del siglo XIX tuvo lugar un lento cambio ideológico que no estuvo complementado libre de ambigüedades. La posición crucial que ocupaba el productor agrícola en el ingreso nacional se convirtió en un hecho reconocido. La principal preocupación de las clases urbano-mercantiles era el estímulo y control de esta producción agrícola. En los ojos de estos "modernizadores", el progreso no era sólo una opción, sino un deber.<sup>10</sup> Se convirtió en un axioma aceptado por las clases mercantiles, que el campesino ignorante tenía que ser guiado hacia una mayor y cualitativamente, mejor producción de cultivos de exportación; y en el mismo proceso debía ser disciplinado y puesto bajo el control del Estado. Los fandangos, ventorrillos y otros elementos de la cultura popular fueron desalentados y prohibidos, porque estaban distraendo a los obreros de su trabajo. "La atención y manutención de un conuco requiere trabajo constante y, sobre todo, buen orden", escribió el gobernador de Puerto Plata.<sup>11</sup> Y el dominicano Dr. Egmidio Palau explicó durante un congreso en Bogotá que era de muchísima importancia "instruir al trabajador ignorante obligándolo a abandonar la rutina primitiva por procedimientos perfeccionados, capaces de doblar la producción".<sup>12</sup>

Al margen de este nuevo paternalismo se produjo algún interés real en las condiciones de vida de los campos. Por primera vez, algunos escritores reconocieron que no necesariamente eran las características innatas de la población rural lo que debía contarse como causa de su pobreza y su negativa a cambiar sus maneras anticuadas, sino también las estructuras de la sociedad que impedían el progreso real del sector agrícola. El gobernador de Santiago escribió en 1909, por ejemplo:

Puedo asegurar a usted, sin temor a equivocarme que la mayoría de nuestros agricultores, sobre todo los que se dedican al cultivo del tabaco (...), conoce prácticamente cómo se cosecha y prepara esta hoja, pero ¿qué hace ese agricultor con tomarse tiempo y trabajo, si a la postre no lo recompensamos?<sup>13</sup>

Y la **Voz de Santiago** escribió por su parte en 1880:

La sociedad, como que nunca se detiene ante la suerte de los desventurados, acusa y condena severamente la gente que se entrega a cierto género de vida; sin advertir que esos desventurados han sido abandonados a esa suerte por las mismas leyes sociales que no defienden al proletariado contra los rigores de la indigencia.<sup>14</sup>

En esta atmósfera económica e intelectual se originó el trabajo

de los dos científicos sociales más interesantes del siglo XIX de la República Dominicana: Pedro Francisco Bonó y José Ramón López. Pedro Francisco Bonó fue el principal defensor del campesinado. Propugnó por la emancipación del campesinado y contempló a los pequeños productores como la única esperanza de un desarrollo autónomo de la economía dominicana. Fue un típico representante del liberalismo social y fue tan hábil defensor de la posición del campesinado, que su labor ha sido reconocida tanto por intelectuales conservadores como radicales.<sup>15</sup> José Ramón López ha recibido una recepción más ambigua. Muchas personas están en disposición de reconocer su creatividad y sus ideas originales, pero para la mayoría de los comentaristas sus opiniones son demasiado simplistas y mal consideradas.

Aunque José Ramón López nació en 1866, casi cuarenta años después de Bonó,<sup>16</sup> hay otra diferencia entre estos dos hombres. Mientras Bonó perteneció siempre a la respetable clase media, López provino de un origen humilde y tuvo que evolucionar de ser -en palabras de Rufino Martínez- un "rapazuelo travieso" y un "callejero" a ser un distinguido intelectual y un "fecundo periodista". Once años de su vida los vivió López en el exilio, en Venezuela (1886-1897). No tenía ni un pasado seguro ni un capital familiar en los cuales apoyarse, y estuvo, por tanto, forzado algunas veces a comprometerse y a tomar actitudes pragmáticas hacia sus antiguos enemigos. Su desarrollo intelectual se caracterizó por una ambigüedad básica y una tensión continua entre el pragmatismo y una terca rectitud personal.

De esta forma se ha convertido en el símbolo del llamado "pesimismo" dominicano. Muchos lo consideran la personificación del derrotismo, que es muy corriente en la sociedad dominicana y que se caracteriza por el desprecio a las clases bajas y una falta de fe en una nación dominicana independiente, "la supuesta incapacidad de los dominicanos para subsistir como Nación, formar un Estado y dirigir sus destinos".<sup>17</sup>

Siguiendo las ideas de López sobre la cuestión agraria, intentaré aclarar que esta interpretación simple no hace justicia a sus análisis y a sus ideas. Más bien, tenemos que considerarle como un franco y honesto representante del movimiento "progresista" que fue tan influyente en su tiempo y que funcionó como los pioneros ideológicos del desarrollo capitalista del país.

## LA ALIMENTACION Y LAS RAZAS

La más famosa, y tal vez debería decir notoria, obra de López es *La alimentación y las razas*, publicada en Cuba en 1896.<sup>18</sup> En este ensayo, López trata de analizar el atraso, hoy diríamos

"subdesarrollo", de la sociedad dominicana y, sobre todo, las miserables condiciones de vida del campesinado dominicano. Escribió este ensayo cuando tenía diez años fuera del país. Esta debió haber sido la causa de su fuerte tono generalizador y su casi "in-dominicana" atmósfera.

La tesis fundamental de este ensayo -el primer escrito extenso que López publicó- puede resumirse como sigue: Una nación que no se alimenta adecuadamente está destinada a terminar en la miseria y en la decadencia. En el caso de que la población no esté consciente de este hecho -como es el caso de la República Dominicana-, la sociedad está degenerándose y el progreso económico es imposible. Más aún, tales circunstancias conforman un terreno fértil para todo tipo de vicios, como "imprevisión, violencia, doblez". Esta situación no es sólo lamentable desde un punto de vista social, sino también porque ocasiona una pérdida de la riqueza nacional: "cuando el campesino comprenda la vida civilizada y la acepte con sus ventajas y sus cargas, la riqueza nacional se multiplicará por diez en los primeros años". (p. 41)

**La alimentación y las razas** es uno de los más curiosos, autocontradictorios y desbalanceados ensayos escritos en la historia intelectual dominicana. Sin embargo, como sucede en casos similares, contiene muchos de los elementos y de las ambigüedades del pensamiento social dominicano del siglo XIX. Muestra la lucha intelectual de una naciente clase media, que quería tomar parte en la modernización de su nación, pero carecía de poder político y de influencia social y económica. El deseo de tener una influencia directa en el proceso nacional de toma de decisiones fue con frecuencia conflictivo con su deseo simultáneo de mantener su independencia intelectual. Esto trajo muchas ambigüedades y contradicciones.

La imagen del campesino que brota de este ensayo no es en realidad muy optimista, delineada como es en metáforas de miseria y de pobreza. En una lectura detenida y cercana, la opinión de López sobre el campesinado se vuelve más refinada que lo que aparece en una primera lectura. Esencialmente, López construye dos imágenes diferentes y a veces contradictorias de la población rural dominicana.

Primero, está el punto de vista "pesimista", que ha determinado fuertemente la imagen de López. En ella, el campesinado emerge como un grupo que está irremediablemente encerrado en un círculo vicioso de desnutrición y pobreza, del que está incapacitado para escapar y que determina las miserables condiciones de la vida del hombre de campo. En las palabras del mismo López:

La perezosa imprevisión hace al campesino jugador empedernido, pues no alcanza a imaginar otro alivio a su miseria, y se aferra

al vicio que ha de agravarla. (p. 51)

López muestra en muchos lugares el mismo desprecio por el campesino, que, como vimos, era muy característico de la prensa del siglo XIX. A este respecto, compartió los mismos prejuicios triviales de las élites tradicionales. Pero sus ideas están al mismo tiempo coloreadas por el liberalismo decimonónico, que era "el credo político de los sectores móviles y ambiciosos" de diferentes naciones latinoamericanas.<sup>19</sup> Un elemento básico en su visión era su creencia de que cada individuo potencialmente podía convertirse en un miembro triunfante, acomodado y educado de la sociedad. Su conclusión lógica era que los pobres que no hubiesen usado sus oportunidades, debían acusarse a sí mismos de su pobreza. En pocas palabras, los pobres son pobres porque no quieren trabajar:

El hombre será siempre lo que quiera ser. Al alcance de sus manos y de su inteligencia están todos los medios de progreso y de atraso, y sólo necesita de voluntad clara y firme para imprimirse y conservar el rumbo que más le conviene.(p. 55)

Estas visiones reflejan el ejemplo extremo de una ideología de clase en la que todas las injusticias y la desigualdad social se atribuían a las mismas masas pobres. Formaban parte de la línea de pensamiento social darwinista, dogmática y tautológica, de fines de siglo XIX, en la que los pobres eran considerados inferiores y reprehensibles por la mera razón de su pobreza.<sup>20</sup>

La tendencia general de los liberales latinoamericanos del siglo XIX de culpar a los mismos campesinos de su pobreza y atraso tiene que ser vista en el contexto de la transformación económica de las economías latinoamericanas y la frustración de las nuevas élites comerciales por su falta de control sobre los productores agrícolas. López muestra esta misma frustración cuando escribe acerca de los campesinos, que después de haber ganado un magro salario en el negocio de sus productos, "no vuelven a trabajar hasta que gastan el sobrante de la ganancia, compartiendo el tiempo entre la hamaca y los fandangos". (p.38)

La nueva dependencia del mercado mundial demandaba una producción agrícola mayor y cuando esto no se llevaba a cabo, los productores agrícolas debían ser culpados. Los comerciantes y los inversionistas capitalistas se valían de estas ideas como legitimización de una totalidad de regulaciones y reglamentaciones que debían ser propuestas para enseñar a los pobladores rurales ignorantes a comportarse como gente "civilizada" y aumentar la producción para el comercio exportador.

Sin embargo, también en su **Alimentación y las razas** podemos discernir otro López, que tiene ideas menos prejuiciadas acerca

del trasfondo socio-económico y político de la pobreza rural del país. Incluso podemos percibir en algunos trazos de simpatía por el humilde, que posteriormente es bien manifiesto en sus **Cuentos puertoplateños** (1904).<sup>21</sup>

Su simpatía por la población rural, sin embargo, estuvo siempre coloreada por el deseo de progreso y su fe liberal en el mecanismo del mercado. También a este respecto, López nunca está libre de la ambigüedad y puede como tal, una vez más, ser representativo de sus contemporáneos. Por ejemplo, concede que los salarios de los jornaleros son muy bajos y que "ni a los solteros les alcanza para vivir bien" (p.45). Más aún, enfatiza que esta baja entrada de los jornaleros y campesinos podía bien ser la causa fundamental de los malos hábitos y de la mala nutrición en el campo. Estas ideas preceden inmediatamente al párrafo de **La alimentación y las razas** que es citado con frecuencia con la finalidad de mostrar el menosprecio de López por el campesino:<sup>22</sup>

Pero si los campesinos ganan jornales tan reducidos, la culpa sólo es de ellos, y no se deben acriminar en nada a los empresarios (p. 47).

Usualmente no se hace mención del resto de este párrafo en el que López explica su reparo cuando señala la ley económica que dice que donde hay poco trabajo y muchos brazos, los salarios decrecerán "al **mínimum compatible con el precio de los alimentos**". Si bien López no ofrece un juicio, en la formulación de esta ley económica muestra un fuerte y cínico pragmatismo, como si dijese: "Por supuesto, que debemos de incrementar los niveles de vida del campesinado y educar a las masas, pero cuando el mecanismo del mercado cause su inanición, ¿qué podemos hacer? Así es la cosa". En sentido más filosófico, esto ha mostrado la mezcla de un acercamiento social, rígido y darwinístico en la línea de Herbert Spencer y de algunas de las ideas liberales ortodoxas. Esta mezcla iba a convertirse en característica de las ideas políticas de López.

## EL "POSTERIOR" LOPEZ

En sus años ulteriores, la ambigüedad de López y de las clases medias que él representaba, se incrementó. El problema se formuló así: ¿Dónde debía basarse el desarrollo económico, en grandes plantaciones que requerían de inversiones masivas de capital, o debía la sociedad dominicana preservarse inalterada y conservar el modelo de **producción campesina**? López, en realidad, nunca se decidió entre estas dos alternativas y podemos percibir una ambigüedad básica en la apreciación de López sobre el desarrollo capitalista de la República Dominicana.

Justo como Herbert Spencer, denominado por el historiador

colombiano Jaramillo Uribe "el apologista del industrial y del comerciante en la época heroica de la expansión del capitalismo moderno",<sup>23</sup> López fue un defensor ferviente de la modernización. Sólo hay que leerse su reporte sobre su visita al Central Romana en 1919 para comprender su admiración por el tamaño y el dinamismo de esta nueva industria.<sup>24</sup> Le parecía que todos los elementos del progreso estaban envueltos en esta enorme --y algo que López solía pasar por alto: extranjera-- empresa. Después de enumerar sus inversiones, construcciones e innovaciones --"Todo nuevo, flamente, bien hecho"-- la moral instructiva habla por sí misma:

Los elementos más enérgicos, más luchadores de la Provincia, de las circundantes y del extranjero fueron los que acudieron a poblarlas, y ese espíritu pugnador y resuelto se conserva todavía y duplica el valor de los esfuerzos.

No obstante, López estaba también percatado de las consecuencias negativas de la agricultura de plantación capitalista, que forzaba a los campesinos a trabajar por salarios ínfimos y dislocaba la sociedad rural (p.47). También en esto reflejaba el pensar de sus contemporáneos. Si bien todo el mundo hablaba del progreso, muchos miembros de la clase media temían las consecuencias de un proceso que no podrían controlar. Se preocupaban por el desasogiego social que esto podía provocar y veían con remordimiento la anomía social y las familias desintegradas, que el trabajo asalariado causaba. Al fin y al cabo, muchos preferían a los productores rurales permaneciendo donde siempre habían estado: en el campo, cultivando sus propios conucos.

A veces, López parece compartir estas ideas. Por momentos muestra una sorprendente imagen romántica de la sociedad rural tradicional y parece coincidir con Bonó en su preferencia por una economía campesina. Los campesinos debían permanecer en su medio tradicional y desde allí ellos sostendrían el desarrollo del país con el incremento de su producción agrícola para el mercado. Hablando sobre escuelas agrícolas, López favoreció incluso una supervisión estatal estricta y una separación entre la población rural y la urbana.

"Es muy difícil y peligroso el trasplante de una clase a otra. Serían desgraciados si llegaran (alumnos) a perder la ingenua pureza de su amor al campo" (p.57). En este argumento uno siente las dudas que la modernización incitaba en las mentes de la clase alta. La sociedad tradicional parecía estarse disolviendo y los líderes políticos no sabían cómo canalizar el proceso.

Al mismo tiempo, las ideas de López se volvieron más clementes hacia el campesinado y se basaron en un mejor entendimiento de la situación del campo dominicano. Después de haber regresado

a la República Dominicana y establecido una carrera como periodista y político, tuvo que luchar duro para sobrevivir y ganar un magro salario. Esto pudo muy bien ser lo que le indujese a ser más indulgente con el campesino. Ya no veía más a los propios campesinos como el único grupo responsable del atraso de la nación. Al contrario, su opinión de la población rural se tornó bastante favorable y una y otra vez hacía énfasis en su innata bondad y actitud recia de trabajo.

Ahora comenzaba a analizar las causas de la situación desesperante del campo. Describía cómo la población rural estaba atrapada en una telaraña de explotación y corrupción y concluyó que sin el apoyo del extranjero el país sería a la larga el perdedor. No fue tanto una especie de simpatía repentina lo que causó este cambio de perspectiva, cuanto la comprensión de la irracionalidad de la realidad social y política del país y la pérdida pecunaria que ello significaba para el tesoro. Si el campesino no tenía la oportunidad para prosperar y producir, y si era acosado y oprimido por oficiales locales y por una legislación injusta, el país tenía que perder toda esperanza de desarrollo económico.

El deseo de progreso y racionalidad económica que inicialmente causó su condena del campesinado, ahora lo forzaba a cuestionarse sobre su protección. Sus ideas evolucionaron hacia una forma de materialismo, que explicaba la mísera situación espiritual y cultural del campesinado como un resultado directo de su penuria material. En su estilo característico López enfatizó cómo la pobreza:

satura el espíritu de los pobladores y hace pueblos de psicología deficiente: pueblos apáticos y haraganes; pueblos de mentalidad bestial; pueblos de nata tendencia al delito; pueblos, en una palabra, inferiores.<sup>25</sup>

López gradualmente llegó a la conclusión de que la posición subordinada del campesinado era el principal elemento del subdesarrollo rural, que debía ser resuelto antes que cualquier otra cosa.

Una vez que estuvo precavido de la opresión del campesinado y de las estructuras políticas perniciosas, se convirtió en un recio abogado de la protección del campesinado contra políticos codiciosos y la explotación económica. Subrayó en su segundo ensayo más extenso **La paz en la República Dominicana**, originalmente publicado en el **Listín Diario** en 1914; que:

El monopolio de unos pocos es disolvente para la idea social. El privilegio de los menos, basado en costumbres abusivas, destruye la sociedad (p. 105).

Como miembro del Senado, López trataba ahora de implemen-

legal que fuese más favorable para los campesinos productores. Era todavía el "progreso" lo que constituía su principal meta y no tanto la justicia social par el campesinado, pero ahora estaba convencido que sólo un campesinado vigoroso y seguro estaría en capacidad de producir este deseado desarrollo económico. Por ejemplo, defendió medidas proteccionistas en favor de pequeños parceleros, quienes estuvieron amenazados con la expropiación en 1911, arguyendo que si "no se ponía coto al acaparamiento de tierras llegaría pronto un tiempo en que no podrían ser agricultores todos los que lo quisieran".<sup>26</sup>

Y cuando en el principio de este siglo todo tipo de proposiciones impositivas eran hechas en un desesperado intento de mejorar la situación financiera del país, escribió:

Un arancel que castiga a los más pobres porque son muy numerosos, en vez de repartir proporcionalmente el impuesto en razón de la capacidad económica de cada uno, es un atentado económico y una atrocidad jurídica (p.114).

Es interesante en este contexto que López en diversas ocasiones prestara especial atención por la posición de la mujer de campo. Estaba consciente del hecho de que las mujeres campesinas sobrellevaban una parte importante de los problemas del campo y que la sociedad machista las trataba frecuentemente muy injustamente.<sup>27</sup> En contraposición a muchos economistas de hoy, nunca olvidó que la economía campesina era una empresa familiar, y que sólo como tal podía ser abordada.

Está claro que las ideas de López se movieron hacia una actitud más benevolente hacia el campesinado. Tal vez fueron las ideas de sus contemporáneos, como Hostos, Martí y Betances, las que abrieron los ojos a las injusticias sociales que yacían en el corazón de la cuestión agraria,<sup>28</sup> pero también sus ideas se cambiaron como consecuencia de una visión nueva sobre la noción del desarrollo económico. Aunque, como podemos observar, él nunca perdió su postura elitista, ahora comprendía que el desarrollo económico era posible sólo, si por los menos, una parte de los beneficios se acumulaba en favor de los mismos productores. En este sentido, fue un precursor de las ideas populistas, que iban a ser tan características del desarrollo político latinoamericano en el siglo XX y que encontró en República Dominicana su expresión más característica bajo el mandato de Balaguer (1966-1978).

El se convirtió en un ferviente defensor de la agricultura cooperativa, en la que los campesinos tuvieran la oportunidad de mejorar su producción, educarse a sí mismos y a sus familias y valer-se de las ventajas de la empresa colectiva.<sup>29</sup> De ese modo quiso utilizar explícitamente la experiencia de los campesinos con su

forma tradicional de cooperación en las **juntas y convites**. Esto no sólo llevaría a aumentos en la producción agrícola, sino que serviría también como una forma de construir carreteras y escuelas. Por supuesto, López opinó que estas cooperativas tendrían que estar bajo una estricta supervisión del Estado, porque nunca debía ser olvidado que la última meta de estas medidas era una producción incrementada para el mercado y el desarrollo de la agricultura capitalista.

## "ELITISMO CORPORATIVO" DE LOPEZ

Las ideas de López habían adquirido gradualmente una coherencia que inicialmente habían carecido. Por tanto, sus puntos de vista sobre el campesinado y su capacidad de progresar estaban directamente ligadas con sus ideas sobre la élite dominicana. Desde su franco darwinismo social, López se movió lentamente hacia el influyente movimiento intelectual del elitismo romántico latinoamericano, que fue fundamentalmente delineado por el **Ariel** de Rodó, escrito en 1900. Señalando el atraso económico de las economías latinoamericanas y la ignorancia de sus pueblos, los autores de esta tendencia no creían que las sociedades latinoamericanas estaban preparadas para una democracia completa. Su argumento principal era que no era posible tener una democracia liberal cuando la sociedad no era aún liberal.<sup>30</sup> Como ejemplo de advertencia ellos apuntaban a la dictadura "plebeya" del general Rosas en Argentina, quien había alcanzado el poder por su masivo apoyo popular y que eventualmente puso un final abrupto a todas las libertades intelectuales y políticas. En la medida en que las masas populares no tuviesen acceso a la educación y, por tanto, independencia intelectual, serían un instrumento en las manos de líderes inescrupulosos. En las palabras de Rodó:

La multitud, la masa anónima, no es nada por sí misma. La multitud será un instrumento de barbarie o de civilización según carezca o no del coeficiente de una alta dirección moral.<sup>31</sup>

Como única alternativa para esta fatal psudodemocracia, estos pensadores vislumbraron un Estado que estaría dirigido por una pequeña élite de hombres educados. Para una real democracia, era necesario que la "calidad" predominara sobre el "número" y al menos, en aquel entonces, las jóvenes repúblicas latinoamericanas debían ser dirigidas por las clases educadas. Su labor debía ser la de conducir a las clases más bajas a la civilización y a la madurez. Era evidente que estas ideas cifraban una especial responsabilidad sobre las clases educadas para la solución de los problemas del estancamiento económico y de la pobreza en los países latinoamericanos. Todos los seres humanos estaban en principio capacitados

para progresar y autosatisfacerse y era el deber de la élite crear las condiciones para este "desenvolvimiento noble". En *La paz en la República Dominicana*, López expresó esta idea con intensidad:

Los dirigentes, la autoridad, los vencedores, los letrados estudiantinos son quienes deben tomar la iniciativa porque este mal (la miseria, la ignorancia, y la soberbia, M.B) que persevera desde ha cuatro centurias no puede ser extirpado sino viniendo la redención de arriba para abajo... (p. 99).

La principal frustración de López en sus últimos años se convirtió precisamente en la incapacidad y la falta de voluntad de los líderes dominicanos de asumir este rol histórico. No es sorprendente, por tanto, que su desdén y exasperación en ese período fuesen principalmente dirigidos a los políticos apáticos y egoístas y a la ineficiente y corrupta burocracia.

Su criticismo estaba dirigido tanto a nivel local como nacional. En el primer caso, eran los alcaldes pedáneos los que debían soportar la crítica. López describió a estas autoridades locales como irresponsables y explotadores "tiranuelos" que atormentaban a la población rural con extremas exacciones de trabajo y de dinero. Estos hombres se consideraban a sí mismos como los señores de la región y con frecuencia obligaban a los campesinos a trabajar en sus propias fincas privadas. Bajo varias amenazas, escribe López, estos alcaldes trataban a los campesinos como completos esclavos. Esta explotación no era sólo económica, sino que también se extendía a todos los aspectos de la sociedad campesina. Extorsión de dinero, abuso sexual de los miembros femeninos de la familia campesina y votación forzada por el candidato gubernamental eran algunas de las atrocidades de las que López acusaba a los oficiales locales (pp. 105-108).

Su principal crítica, sin embargo, estaba dirigida a los estamentos más altos de la sociedad, los grupos que debían conducir a la nación, ellos sólo habían estado ocupados en fomentar sus propios intereses y aquéllos del gobierno "en contra de los intereses del pueblo". Bajo la cobertura de las elecciones de una pseudodemocracia, los políticos habían tomado posesión fraudulentamente del aparato estatal.

Los hombres que se adueñan del poder constituyen un **trust** que re- parte desde arriba dádivas y violencias, injusticias y favoritismos, con los cuales aterra a unos y corrompe a otros... (p.122).

Era en su papel sagrado de propiciadores de la democracia y de la civilización que la élite dominicana estaba fallando. La República Dominicana era una nación de generales y políticos egoístas que no hacían nada por mejorar las condiciones sociales y económicas

de la nación. Los escasos intelectuales conscientes no tenían la oportunidad de poner sus valiosas capacidades al servicio de los maltratos campesinos.

Es conveniente terminar esta parte con un párrafo de uno de los cuentos cortos de López, en el que mejor que en ningún sitio él expone sus observaciones del trato a la población agraria:

¡Ah! pero los del campo son el ganado humano; les ponen un mayoral mejor cuanto más malo; para que arree la manada a votar por el candidato oficial, o a tomar las armas y batirse sin saber por qué ni para qué. Nada de prédica, nada de escuelas, nada de caminos, nada de policía. Opresión brutal. Garrote y fandango; corromperlos, pegarlos y sacarlos a bailar.<sup>32</sup>

## CONCLUSION

La segunda mitad del siglo XIX fue un período de profundos cambios estructurales en la República Dominicana, como lo fue también en las demás naciones latinoamericanas. La expansión de las relaciones capitalistas de producción, la transformación y reestructuración de las relaciones sociales existentes y la rápida urbanización crearon cambios sociales sin precedentes.

Todas las clases sociales estaban de una manera u otra afectadas por los procesos de cambio social y económico. Si nos limitamos al campo, observamos a la agricultura de subsistencia contrayéndose o adaptándose a la creciente demanda de productos para la exportación. El trabajo asalariado y la migración delimitaron la coherencia de las comunidades rurales; los modelos locales de liderazgo político y de control social perdieron su influencia estabilizadora. La sociedad agraria fue, voluntariamente o no, acomodándose a las exigencias del mercado mundial.

La élite dominicana pudo ejercer alguna influencia sobre estos procesos de transformación, pero no menos hubo de batallar duro para retener el control sobre la sociedad dominicana. Su contradicción ideológica básica consistió en su deseo de transformar la sociedad en favor de sus propios intereses, sin provocar con todo trastorno y desasosiego sociales irrevocables. Hicieron todo lo que pudieron para forzar a la población rural a incrementar su producción y poner a sus servicios su trabajo, pero al mismo tiempo deseaban mantener su posición dominante y conservar a los campesinos firmemente en su sitio. Su ideología fue un reflejo cercano de la misma ambigüedad, que existía en todas partes de América Latina donde las clases dirigentes estaban formulando ideologías que estimulaban el cambio social, pero que al mismo tiempo legitimaban la jerarquía social existente.<sup>33</sup> La élite tradicional se vio forzada a hacerse "una autocrítica que le devolvería la seguridad de

orientaciones sin la cual no podría reconquistar su perdido liderazgo", anota Halperin Donghi.<sup>34</sup> Los nuevos grupos liberales tenían que elegir su posición de cara a las transformaciones sociales que probablemente iban a mejorar su posición social, pero cuya dirección ellos no podían precisar. Eligieron inequívocamente el desarrollo capitalista y el desafío de las élites tradicionales, pero al mismo tiempo deseaban mantener a las clases bajas en su sitio y rehusaban cualquier pensamiento de transformación social real.

José Ramón López fue uno de los intelectuales que trataron de hallar una respuesta a la drástica transformación de la sociedad que se llevó a cabo durante su vida, y a los deseos contradictorios de la emergente clase media. Sus escritos reflejan las ideologías prevalecientes de su época, fundamentalmente coloreados por las ideas positivistas y socio-darwinistas de Herbert Spencer y partidarios. Como consecuencia, siempre mantuvo una visión orgánica de la sociedad, en la que una armonía social básica entre los diversos grupos sociales era presupuesta. Aunque este balance armonioso podía ser molestado por tiempos -exactamente igual como un cuerpo humano puede enfermarse- la sociedad eventualmente podía recuperar y recobrar su vigor y armonía originales, especialmente si la élite cumplía con su rol histórico. Las crisis sociales, la pobreza, el atraso, eran todos síntomas de una sociedad enferma, y para curarla la élite tenía solamente que aplicar las medicinas que los intelectuales, los doctores sociales, prescribiesen. No sorprende que los escritos de López estén llenos de metáforas orgánicas.

Estas ideas condujeron a algo que yo he tímidamente denominado "elitismo corporativo". Los males sociales que la República Dominicana estaba padeciendo sólo podían ser resueltos, a los ojos de López, por las gestiones eficientes de una élite educada e influyente. Era el deber de los grupos dominantes dar un buen ejemplo para mostrar a las clases más bajas los beneficios de la civilización. No es sorprendente, por tanto, que en los últimos años López se convirtiera en un vehemente crítico de la corrupción, la irresponsabilidad y el nepotismo de los líderes dominicanos.

En el mismo desarrollo ideológico suavizó sus severos juicios sobre el campesinado. Gradualmente abandonó la idea de que los mismos pobres eran culpables de su pobreza y empezó a enfatizar los determinantes sociales y económicos de su pobreza y los obstáculos para resolver el problema. En esta etapa, la simpatía por los desposeídos, que ya había mostrado en sus cuentos, se trocaron en ideas políticas. López se convirtió en un fervoroso abogado de las cooperativas y propuso y defendió una acción gubernamental protectora y educativa. También promovió la restricción y eventual prohibición del licor fuerte,<sup>35</sup> una sugerencia que era compartida por el movimiento socialista de la Europa de ese tiempo.

El nunca abandonó su confianza y optimismo en el eventual progreso de la República Dominicana, pero abogó por un rol substancial del Estado y por medidas protectivas para los grupos sociales pobres. Evidentemente, estas sugerencias estaban siempre apuntadas a la última meta del incremento de la producción y una posición más fuerte de la República Dominicana en el mercado mundial. Y él nunca resolvió realmente la contradicción entre una más o menos conservadora ideología social, en la que todo grupo social tenía su posición dada por Dios (llevando al extremo de defender algún tipo de segregación política para separar a la juventud rural de la sociedad urbana), y su creencia en el progreso y la inevitable transformación de la sociedad tradicional.

López constantemente permaneció como una persona controversial, nunca sin ambigüedades, ni en su postura política, ni en su vida personal. Intelectualmente, se situó a sí mismo fuera de la sociedad dominicana, persiguiendo la verdad aunque ésta fuese desagradable. Como persona, permaneció hasta cierto punto como el "callejero" de su juventud, viviendo en la calle, sobreviviendo del crédito y nunca perteneciendo realmente a los círculos cerrados de la clase alta. En muchas ocasiones debió comprometerse o permanecer en silencio, pero siempre volvía a ser el decidido perro guardián de la sociedad dominicana, que estuvo persiguiendo la verdad --aunque en ocasiones haya sido solamente su verdad-- olvidado de las presiones sociales y de las adulaciones. Igual que los críticos de la realidad social dominicana posteriores, como F.E. Moscoso Puello o Melvin Mañón,<sup>36</sup> hubo de experimentar que la sociedad dominicana no es muy hospitalaria con este tipo de honestidad.

Una cosa debe quedar clara: la descripción de López como pesimista es totalmente dislocada. Este término yo preferiría dejarlo para los anexionistas, del pasado y del presente, que tienen una completa falta de fe en el desarrollo independiente de la República Dominicana. Es muy bien posible tener una criticidad fundamental contra las ideas sociales de López y su concepción del desarrollo económico, pero nadie puede negar que López creía muy sinceramente en las posibilidades de resolver el problema del "subdesarrollo" de la sociedad agraria dominicana. En este sentido, López fue un romántico optimista como el siglo XIX produjo muchos: un grande y a veces casi irrealista creyente en el progreso.

Para los pesimistas reales, López puso en claro, ya en su primer ensayo, su posición optimista

Rica la nación, bien nutridos sus pobladores (...) desarrollada la intelectualidad (...) cumplirá la República brillantes destinos, y sobre todo será la mansión de un pueblo fuerte y feliz... (p.68).

## NOTAS

1. Los escritos de J.R. López están diseminados por todo tipo de periódicos. Este artículo está fundamentado en algunos de ellos, pero la mayoría de los escritos de López permanecen todavía sepultados en los periódicos y archivos dominicanos.
2. La misma actitud puede ser encontrada en otras naciones latinoamericanas. Por ejemplo: Powell, T.G. *El liberalismo y el campesinado en el centro de México (1850-1876)*. México: Sep/Setentas, 1974; pp. 69. Un ejemplo de una actitud similar en: Otero, M., *Ensayo sobre el verdadero estado de la cuestión social y política que se agita en la República de México*. México: Instituto Nacional de la Juventud Mexicana, 1964 (orig. 1842).
3. Cf. Hoetink, H. *El pueblo dominicano: 1850-1900*, Santiago: UCM, 1972; sobre todo los capítulos IV y VI.
4. Cf. Bergard, L.W. *Coffee and the growth of agrarian capitalism in nineteenth-century Puerto Rico*. Princeton University Press: 1983, pp. 60-61.
5. Cf. Bonó, P.F. *El montero*. Santo Domingo: Colección Pensamiento Dominicano, 1968 (orig. 1856). Si bien algunas veces hace un retrato muy romántico, Bonó nunca ignora las realidades menos positivas de la vida rural en ese período.
6. *El Porvenir*, II, 18 (mayo 4, 1873).
7. *Archivo General de la Nación (AGN)*, Sección de Agricultura, legajo 17; Discurso pronunciado por el Procurador Fiscal de Puerto Plata, Dr. Felipe Santiago en una reunión de autoridades en Puerto Plata, septiembre 3, 1933.
8. Cf. Wiarda, H.J. *Corporatism and national development in Latin America*, Boulder: Westview Press, 1981, pp. 37.
9. *Eco del Pueblo*, I, 38 (diciembre 24, 1882).
10. Por ejemplo: López habla acerca de una "misión" y escribe: "Ningún pueblo tiene derecho a apoderarse de un pedazo de tierra y esterilizarlo para la civilización, para el progreso..." *El gran pesimismo dominicano: José Ramón López*, Santiago: UCM, 1975; p. 62. *El guatemalteco* habla en 1877 acerca de la necesidad de "obligarlos (a los indígenas) más o menos directamente a los trabajos agrícolas"; Laguardia, G. *El pensamiento liberal de Guatemala (Antología)*, San José: EDUCA, 1975; p. 205. También: Romero, J.L. *Latinoamérica: Situaciones e ideologías*, Buenos Aires: Eds. del Candil, 1967, p. 63.
11. Por ejemplo: AGN, Memoria del Gobernador de Puerto Plata, 1898. También Bryan, P. "La producción campesina en la República Dominicana a principios de siglo XX", en *Ene Ene. Estudios Dominicanos VII*, 42 (mayo-junio 1979) 29-62.

12. **El mensajero**, VIII, 21 (febrero 3, 1888) (II época).
13. **AGN**, Correspondencia del Ministro de Agricultura e Inmigración, Legajo I, 1869-1910; Memoria del Gobernador de Santiago (Rafael Díaz), enero 31, 1909.
14. **La voz de Santiago**, I, 37 (diciembre 5, 1880).
15. Cf. González, R. "Bonó, un intelectual de los pobres", en **Estudios Sociales**, XVIII, 60 (abril-junio 1985) 65-77.
16. Para información biográfica de López: Martínez, R. **Diccionario biográfico-histórico dominicano, 1821-1930**, Santo Domingo: UASD, 1971 pp. 272-5 y **Gran pesimismo**; pp. 7-27 y 31. La única fotografía de López de la que tengo conocimiento está en: **Blanco y negro**, II, 93 (junio 26, 1910) 640.
17. Marrero Aristy, citado en: Ferrán B., F.I. "Figuras de lo dominicano", **Ciencia y Sociedad**, X, 1 (enero-marzo 1985) p. 14.
18. "La alimentación y las razas", en **El gran pesimismo**; pp. 31-68. Este y el otro ensayo de este libro: "La paz en la República Dominicana" (pp. 97-157), se referirán en el texto.
19. Romero, **Latinoamérica**, p. 60.
20. En **Liberalismo y campesinado** de Powell, la actitud del Estado mexicano hacia los indios campesinos está parafraseada: "Si les iba mal a los campesinos indígenas era porque carecían del espíritu de empresa individual", p. 123. También Zea, L. **América en la historia**, Madrid: Eds. de la Revista de Occidente, 1957, p. 64, donde él cita a Laski: "El liberalismo siempre ha estado afectado por su tendencia a considerar a los pobres como hombres fracasados por su propia culpa".
21. López, J.R. **Cuentos**, Santo Domingo, 1904; la única copia que yo encontré al alcance del público está en la UASD.
22. Por ejemplo: Ferrán, "Figuras de lo dominicano", p. 15. También: Franco, F.J. **Historia de las ideas políticas en la República Dominicana**. Santo Domingo: Ed. Nacional, sin año, p. 86.
23. Jaramillo Uribe, J. **El pensamiento colombiano en el siglo XIX**, Bogotá: Temis, 1964, p. 444.
24. "La Romana", en **Listín Diario**, XXXI, 9173 (diciembre 15, 1919).
25. "Los ayuntamientos", en **Listín Diario**, XXXI, 9149 (noviembre 15, 1919).
26. **Boletín del Congreso**, II, 17 (junio 3, 1911), sesión del Senado, abril 20, 1911.
27. Cf. "Los hijos naturales" en: **La Información**, III, 775 (agosto 12, 1919) en el que un agudo análisis de la posición de la mujer dominicana, en casa y en el mercado de trabajo, donde ella gana muy poco: "No es para vivir, sino para morir lentamente".

28. El clima intelectual general en el Caribe de habla hispana es descrito vívidamente en: Lewis, G.K. **Main currents in Caribbean Thought. The historical evolution of Caribbean society in its ideological aspects, 1494-1900**, Baltimore/London: Johns Hopkins University Press, 1983, sobre todo pp. 264-307.
29. Cf. "El problema rural II", **Listín Diario**, XXXI 9086 (septiembre, 1919). También **Gran pesimismo**, pp. 137-141.
30. Cf. Guilberme dos Santos, W. "Liberalism in Brazil: Ideology and praxis" en: Blachman, M.J./Hellman, R.G. (eds.) **Terms of conflict; Ideology in Latin America Politics**, Philadelphia: ISHI, 1977.
31. Rodó, J.E. **Ariel**, Cambridge, 1967 (orig. 1900) p. 56.
32. "El general Fico" en: López, **Cuentos**, p. 64-5.
33. Cf. Winson, A. "The formation of capitalist agriculture in Latin America and its relationship to political power and the state" **Comparative Studies in Society and History**, XXV, 1 (January 1983) pp. 83-104.
34. Citado en: Morse, R. "La cultura política iberoamericana; de Sarmiento a Mariátegui" en: **De historia e historiadores: homenaje a José Luis Romero**, México, etc.: Siglo XXI, 1982.
35. Cf. "El prohibicionismo en Puerto Rico", **Listín Diario**, XXXI 9079 (agosto 25, 1919) y "El restriccionismo", **Listín Diario**, XXXI, 9103 (septiembre 22, 1919).
36. Moscoso Puello, F.E. **Cartas a Evelina**. Mañón, M. **Cambio de mandos**, Santo Domingo: Taller, 1985.

Amsterdam, 8 de abril de 1986

Traducción del Inglés: **Estudios Sociales**